

Amor tóxico

Guillermo Sullivan



Capítulo 1

Amor tóxico

Durante seis meses la relación entre Fátima y Santiago había sido próspera, se entendían bien. Pero algo cambió de súbito en la conducta de Santiago. Todo comenzó un martes de agosto, cuando Santiago encontró a Fátima dándole un abrazo a su mejor amigo, y fue tanto su sentimiento de celos y rabia, que le propinó un puñetazo al mejor amigo de su novia. La discusión no se hizo esperar, y después de un cruce de gritos e insultos, Santiago terminó amenazando a Fátima.

–La próxima vez que me engañes con alguien –le dijo él–, lo vas a lamentar, Fátima. Te lo juro.

Esto propició un rompimiento inevitable, y la pareja dejó de hablarse un tiempo.

Sin embargo, dos semanas después, Santiago y Fátima se habían reconciliado. Santiago le hizo una serie de regalos para revindicar su posición como buen novio. Entre ellos: tres ramos de flores, dos cajas de chocolates, y un pequeño oso de peluche. Aunque, poco tiempo después, Santiago descubrió a Fátima dándole un beso a Andrés, su primo, y quien cumplía años.

–¡Y tú quién eres, hijo de puta? –le espetó, al momento de golpearlo en la cara.

–¡Es mi primo, Santiago! –le dijo ella–. ¡Por favor, compórtate!

–¡Al diablo con ese cuento! –dijo Santiago.

–Por favor, no seas inconsciente –dijo ella–. Es sólo mi primo. Te digo la verdad.

–No te creo –dijo él–. Y recuerda mi juramento...: vas a lamentar haberme engañado.

Por extrañas razones, Fátima sabía que Santiago era un celópata crónico, pero también sabía que lo amaba sobre todas las cosas. Asimismo, recurrió a los consejos de su padre para encontrar una solución para su

problema.

–Dale una oportunidad más –le dijo su padre–, y si la desaprovecha, entonces olvídate de él.

Poco tiempo después, y bajo los efectos de las súplicas y los ruegos, Fátima le perdonó nuevamente a Santiago todos sus desmanes. Y así, pasaron los días, las semanas y los meses, y todo parecía marchar bien.

Un catorce de febrero, mientras Santiago esperaba a su novia en casa de ésta, le preparó una cena romántica: la mesa, las velas, un ramo de flores, una caja de chocolates, y además le compró un gran oso de peluche y lo puso en la esquina de la sala. Y en punto de las siete de la noche, cuando Fátima ya había salido del trabajo, abrió la puerta de su casa.

–¡Sorpresa! –le dijo Santiago.

–¿Y tú qué haces aquí? –preguntó ella– ¿Qué no quedamos de vernos en tu casa a las nueve?

–Cambié de opinión, amor –dijo él–. Y preparé esta cena para los dos. Además te traje algunos regalos.

Fátima quedó pasmada al ver el gran oso de peluche, las flores y los chocolates.

Se fundieron en un abrazo.

–¿Y por cierto, dónde está mi papá? –preguntó ella.

–Me dijo que regresaba mañana –repuso él–. Tú sabes, asuntos de negocios.

–Bien. Entonces me voy a dar un baño y enseguida regreso –dijo ella.

Esa noche, Santiago y su novia compartieron una hermosa velada: bebieron vino, comieron lasaña, y la noche los envolvió con su manta afrodisiaca para terminar haciendo el amor a la luz de las velas. Por la mañana Fátima se despertó sola, pues Santiago le había dejado una nota sobre su cama: «me fui a trabajar, amor», le dijo. «Nos vemos por la noche».

Para ojos de Fátima, su relación con Santiago era cada vez mejor, y hasta ya tenía planeado una boda. Durante el resto del día se pasó las horas hablando por teléfono con algunas de sus amigas, pues estaba embargada por una sensación de alegría. Y de pronto, la noche se avecinó sin darse cuenta, y aún no se había apersonado su padre. Lo último que

supo de él fue que salió por la tarde del día anterior, y se lo dijo Santiago. Y asimismo, pasaron tres días y no tuvo noticias ni de su padre ni de su novio. Llamó a la policía, pero no le prometieron nada, ya que el nivel de desaparecidos en la ciudad era alto.

El 17 de febrero Fátima empezó a percibir un desagradable olor en la sala de su casa, era un olor fétido. Y mientras buscó de dónde provenía el dicho olor, el timbre del teléfono sonó.

—¿Hola? —dijo Fátima.

—Hola, amor —le dijo Santiago—, supongo que me has extrañado.

—¡Dónde diablos has estado, Santiago! —le dijo ella—. Me has tenido con el pendiente estos últimos días. Además tampoco he tenido razón de mi papá.

—Muy pronto entenderás la situación, amor —dijo él—. Recuerda muy bien lo que te había dicho en el pasado.

—¿De qué me hablas? —preguntó ella.

—Hablo de que siempre cumplo un juramento, amor.

—¿Qué juramento? —inquirió ella.

—Es algo que en realidad no te va a gustar —dijo él.

Santiago colgó el teléfono. Entonces Fátima pensó y pensó durante horas, y mientras más pensaba, más se atormentaba, pues cayó en la cuenta de que el mal olor provenía del oso grande de peluche que estaba arrinconado en la sala... Sin duda, una idea aterradora y escalofriante pasó por su cabeza...